

IRENE ADLER

# SHERLOCK LUPIN Y YO

La **ESFINGE** de **HYDE PARK**

LONDRES

1871

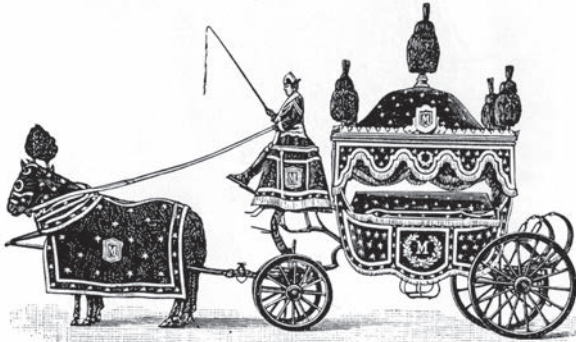


DESTINO

Irene Adler

# La esfinge de Hyde Park

Ilustraciones de  
Iacopo Bruno



**DESTINO**

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyca S.p.A. tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *La sfinge di Hyde Park*  
© de la traducción: Miguel García, 2016

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2014, Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia  
© 2016, de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Un proyecto de Pierdomenico Baccalario  
Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler  
Proyecto y realización editorial: Atlantyca Dreamfarm s.r.l.  
Diseño gráfico: Iacopo Bruno  
Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A.

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia  
– foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: marzo de 2016  
ISBN: 978-84-08-15030-5  
Depósito legal: B. 1.396-2016  
Fotocomposición: Aura Digit  
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

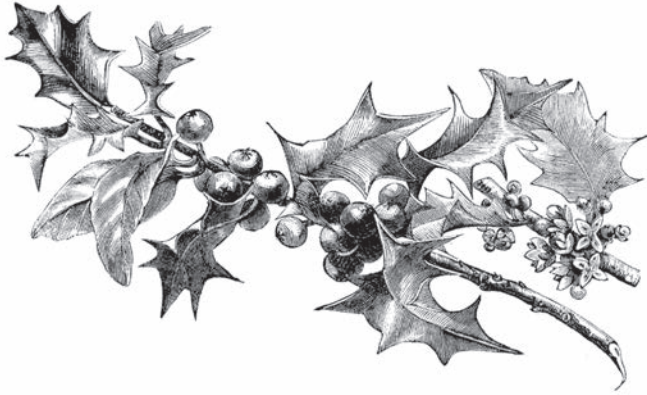
# ÍNDICE



1. <i>Un regalo macabro.</i> . . . . .	5
2. <i>Una visita al museo</i> . . . . .	23
3. <i>Una extraña ceremonia.</i> . . . . .	35
4. <i>Dos viejos conocidos</i> . . . . .	47
5. <i>Algo así como un reto</i> . . . . .	65
6. <i>El locuaz señor Cavendish.</i> . . . . .	83
7. <i>Un suplicio y un misterio.</i> . . . . .	93
8. <i>Un plácido mar invernal.</i> . . . . .	107
9. <i>Una carta de Ámsterdam</i> . . . . .	117
10. <i>Los recuerdos del Lince</i> . . . . .	125
11. <i>El ojo de Horus</i> . . . . .	141
12. <i>La sombra de la locura</i> . . . . .	151

<i>13. El mensaje de la esfinge. . . . .</i>	<i>165</i>
<i>14. Una excursión (no muy) cultural . . . . .</i>	<i>181</i>
<i>15. Una especie de iluminación . . . . .</i>	<i>195</i>
<i>16. Una historia terrible. . . . .</i>	<i>209</i>
<i>17. En mi principio está mi fin . . . . .</i>	<i>229</i>

UN REGALO MACABRO



«**H**uye, Irene. ¡Ven conmigo, huye!», dijo la voz en alguna parte, allí cerca.

No veía bien la cara de mi amigo Arsène Lupin, pero sabía que era él quien me había hablado. Lo sabía con la claridad profética de los sueños. Igual que sabía que no debía tener miedo. Su rostro era una sombra apenas más oscura que las tinieblas que nos rodeaban. ¿Dónde habíamos acabado? ¿Y por qué?



No lograba recordarlo. Por supuesto, estábamos huyendo. Pero ¿de quién? Si me volvía para mirar a mi espalda, lo único que veía era una oscuridad espesa y amenazadora que parecía empujarme hacia mi amigo. Apretaba las manos de Arsène con fuerza y él, desde la oscuridad, me repitió una vez más: «¡Huye!».

Yo asentí en un susurro: «¡Sí, vamos!».

Y, en el preciso instante en que lo hice, tirité a causa de un frío repentino y pavoroso, como el que se siente al zambullirse en aguas demasiado profundas. Notaba un frío intenso. Solté las manos de Arsène y me pasé las mías por el cuerpo, deprisa. Estaba prácticamente desnuda, sólo llevaba encima jirones desgarrados de tela que me oprimían la piel, más escasos que mis pensamientos.

¿Por qué tenía la ropa en aquel estado? ¿Qué había ocurrido? Y ¿dónde estábamos? Me llegaba olor a agua marina, a algas, a sal.

Habíamos luchado. Sí, empezaba a acordarme, de forma confusa. Había habido una pelea y yo... nosotros... Yo había conseguido escabullirme y escapar. Y ahora...

Mi amigo se detuvo para esperarme. Volvió a agarrarme las manos y tiró de mí hacia él.

«Por aquí... ¡Por aquí!», insistió.

Pero ya no había urgencia en su voz. Como si quienes nos habían perseguido hasta hacía un momento se hubieran desvanecido de golpe y la oscuridad se hubiera vuelto menos peligrosa.

Di algunos pasos con él, insegura. Sentía la tierra desnuda y helada bajo mis pies. ¿Y mis zapatos? Quién sabía adónde habrían ido a parar...

«Vamos, casi hemos llegado», me tranquilizó Arsène.

«Sí, pero... ¿adónde?», le pregunté entonces a aquella silueta oscura que era mi amigo.

«¡Al barco, para abandonar la isla! —me contestó él divertido—. ¿No te acuerdas?»

Me esforcé por recordar, pero mis pensamientos eran pesados como piedras.

No. No me acordaba de ningún barco. Percibía, en cambio, el olor del mar, que ahora me parecía intenso y casi punzante.

Lupin me precedía y me arrastraba con él, y en ese momento andábamos sobre agua. Agua caliente, muy caliente. También me parecía oír lejanos bufidos de vapor y luego pasos.

¿Pasos?, me pregunté. ¿Cómo podía oír pasos en medio del mar?





Apreté más fuerte la mano de Arsène mientras el agua me iba subiendo, despacio, hasta las rodillas y luego hasta la cintura; y, al final, cuando ya casi me llegaba a la barbilla...

—¡SEÑORITA IRENE! —exclamó la voz de Horace Nelson al otro lado de la puerta del cuarto de baño—. ¿TODAVÍA ESTÁ AHÍ DENTRO?

Me desperté de golpe y resbalé en la superficie de la bañera. Durante un momento permanecí sumergida.

Me recobré del susto con la mayor rapidez de que fui capaz y, a pesar del desagradable sabor a agua jabonosa en los labios, pude responderle al mayordomo de la familia que sí, que todavía estaba en el baño y que no pasaba nada. Aunque no era del todo cierto. Evidentemente, había vuelto a dormirme en la bañera, y esa vez lo había hecho después de enrollarme sobre la cabeza una gran toalla a modo de turbante. Se lo había visto hacer muchas veces a mi madre y había tratado de imitarla, aunque, a diferencia de ella, yo no tenía una larga melena que recoger. Lucía aún el mismo peinado corto y salvaje que me había hecho el día de su muerte y no tenía intención alguna de cambiarlo. «¡Caramba, menudo sueño!», pensé.

—¡Ya voy, ya voy! —repetí después a Horace, que seguía refunfuñando detrás de la puerta. Apoyé en el suelo un pie mojado y sentí en la planta húmeda el frío de las baldosas de porcelana. Una sensación de frío muy parecida a la del sueño de poco antes. La toalla de mi cabeza se había empapado, así que la tiré sobre el borde de la bañera y cogí otra que estaba colgada al lado del espejo. Me encontré así ante mi imagen reflejada.

Tenía la cara roja. Y no era por el agua caliente, sino por aquel absurdo sueño.

«¿Por qué mis sueños tienen que ser siempre tan turbulentos?», me pregunté al tiempo que me echaba encima la toalla. Yo luchando con desconocidos y luego escapando en la oscuridad arrastrada por Arsène Lupin, para al final intentar subir a bordo de un misterioso barco.

Pero no era por aquellos elementos del sueño por lo que mi cara seguía sofocada. Desde luego que no.

—Señorita, si de verdad está bien, como dice, sería conveniente que saliera —me apremió el señor Nelson.

—¡Ahora mismo! —le contesté yo.

Tras sonreírme pícaramente a mí misma en el espejo, decidí cumplir mi palabra y agarré la manilla de latón de la puerta.

—¡Señorita Irene! —exclamó el mayordomo, mirándome durante una fracción de segundo, es decir, durante el tiempo que necesitó para darse cuenta de que no debía mirarme ni un instante más—. Su padre está a punto de sentarse a la mesa y usted...

—¡Yo todavía tengo que vestirme, lo sé! —lo interrumpí, poniéndome insolentemente de puntillas para darle un sonoro beso en mitad de la frente—. ¡Pero tardaré sólo unos instantes!

—¡Oh! —soltó él con voz cavernosa.

—Y si usted... mientras tanto... —le susurré al oído antes de correr por el pasillo en dirección a mi cuarto—, fuera tan amable de recoger la otra toalla... ¡Me temo que necesita que la estrujen bien!

—Me pregunto si llegará el día en que muestre la compostura propia de una señorita respetable —dijo él con severidad, aunque con los ojos sonrientes.

—Ah, ¿acaso insinúa que mis modales son toscos? ¡Esto es inaudito, señor Nelson! —repliqué yo con voz falsamente indignada.

Y me alejé dejando sobre el suelo del pasillo un gran rastro de huellas húmedas.

Mientras entraba en mi cuarto, oí la risa profunda

y vibrante del mayordomo a mi espalda y yo también me reí. Nada me hacía sentir más en casa que aquellas pequeñas y graciosas escaramuzas entre Horace y yo.

Me vestí lo más deprisa que pude, me pasé los dedos por el pelo hasta dejarlo tan tieso como las púas de un puercoespín y luego corrí al comedor. Como me había anunciado el señor Nelson, encontré a mi padre de pie, a un extremo de la mesa, con la mano apoyada en el respaldo de una silla, que balanceaba adelante y atrás como si fuera la palanca de uno de los trenes que producían sus fábricas. En cuanto lo vi, me fijé en que tenía clavados los ojos en un pequeño retrato de mi madre que adornaba la repisa de la chimenea. Él mismo, al notar mi mirada, pareció darse cuenta y soltó la silla, cohibido.

—¡Irene! —me saludó, como si no me hubiese visto en muchísimo tiempo en lugar de desde hacía sólo un par de días.

Vi el esfuerzo que tuvo que hacer para salir de sus pensamientos e intuí la distancia que había tenido que salvar para volver a estar allí de golpe, conmigo.

—¡Papá!

Le di un beso y él me estrechó contra sí, tal vez un



poco más torpemente que de costumbre, pero con la intención de darme a entender que estaba allí. Que todo iba bien.

—¿Has tenido buen viaje? —le pregunté—. ¿Cómo es Manchester?

Sabía que había ido al norte por trabajo, en tren, pero, aparte del nombre de la ciudad, no sabía casi nada más.

—Humosa, hija mía —me contestó. Luego se rio de lo dicho y repitió—: Humosa y tétrica. Así es esa ciudad.

—¿Más que Londres? —le pregunté incrédula. Había veces en que el olor a humo se me quedaba tan pegado como una telaraña. Sobre todo en invierno.

Ambos miramos por la ventana desde nuestra privilegiada atalaya por encima de los tejados de la ciudad. El cielo, cubierto por una cerrada capa de nubes, tenía el color del acero. En la calle, las campanillas de los vendedores de periódicos y los organillos parecían anunciar una nevada inminente.

Si hay un período terrible para quien ha pasado por un luto en su familia tras la pérdida de un ser querido, es la Navidad.

Mi padre y yo nos lo dijimos mentalmente y con un encogimiento de hombros.

—Sí... —murmuró. Me señaló mi silla y ocupó la suya.

Desde que mi madre no estaba, habíamos cambiado la mesa del comedor, que ahora era mucho más pequeña y, a despecho de los usos vigentes en las casas de los nobles y los burgueses más ricos, mi padre y yo nos sentábamos el uno al lado de la otra.

—¿Y tus clases de canto? —quiso saber, un poco dubitativo. Por su tono de voz, siempre me daba cuenta de cuándo una pregunta de Leopold no era espontánea, sino algo que consideraba un deber de buen padre.

El canto, me dije, e intenté adivinar la pregunta siguiente. ¿Tal vez sobre la dicción?

—Además, Irene, pensaba... respecto a tu acento inglés... —añadió Leopold, infalible, después de que la señorita Fowler nos sirviera una delicada sopa de zanahoria a la Crécy con tostones de mantequilla.

Mi pequeño éxito como adivina me arrancó una media sonrisa.

Mantuvimos una educada, pero sosa, conversación en la cual nos limitamos a interpretar nuestros correspondientes papeles. Sólo al final de la consistente comida invernal, cuando su preocupación por aquella hija adolescente que debía educar él solo se atemperó con un

poco de vino de Borgoña, mi padre pareció dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Ya es casi Navidad... —observó Leopold después de suspirar.

—Es verdad —asentí yo—. Cuántas cosas han cambiado en un año, ¿eh?

—Sí, es cierto... —murmuró mi padre.

Y mientras se revolvía con torpeza en su silla para observar los tejados de Londres por la ventana, fui consciente, de repente, de su fragilidad. Me hizo recordar que el hombre al que llamaba «papá» y que sentía como tal, en realidad no era mi verdadero padre, sino sólo el superviviente de la pareja de progenitores adoptivos que habían aceptado criarme.

De mi verdadera madre, la noble bohemia Alexandra Sophie von Klemnitz, a la que había conocido hacía poco, creía saber sólo una cosa: que era un ser envuelto en un misterio impenetrable. Un misterio tan profundo que le impedía revelarme incluso la identidad de mi padre real, quien, en consecuencia, por entonces era sólo un inexplicable y doloroso signo de interrogación para mí.

—Según tú, ¿deberíamos...? —empezó a preguntar mi padre, casi con un susurro.

Lo miré.

—Deberíamos... ¿qué?

Él movió una mano junto a la cabeza, como queriendo decir que sólo se trataba de una idea que se le había ocurrido.

—Bueno, pensaba... que podríamos invitar a la señora Von Klemnitz..., en fin, a tu madre, Irene. Quiero decir, durante las fiestas, a lo mejor para Nochevieja... —farfulló él.

Hoy, pasados tantos años, comprendo mejor las vacilaciones y los motivos de Leopold, pero aquella noche sus palabras me chocaron.

Conocer a Sophie había sido la emoción más fuerte de mi vida. Pero aquella mujer era, como he dicho, un secreto. Y un secreto peligroso del cual, decía ella, tenía el deber de protegerme manteniéndome en la más absoluta ignorancia sobre todo lo que concernía a mi pasado.

Después de haber sentido una rabia inmensa hacia ella, al final había aceptado la decisión de Sophie. Pero había sido como arrancarme el alma para luego intentar devolverla a su sitio. Y eso, intentar devolver las cosas a su sitio, era acaso lo que yo habría esperado de Leopold, su voz afable diciéndome que, en el fondo, nosotros dos



estábamos bien junto al calor de la chimenea en aquel frío día de diciembre y que no teníamos necesidad de nada más.

En cambio, aquella alusión a Sophie...

—No, papá, creo que no deberíamos —respondí, envarándome.

—Ah... —dijo él, sorprendido por mi tono—. Pensaba que te agradaría...

—No es cuestión de si me agrada o no —declaré al tiempo que me levantaba—. Pero pienso que no es oportuno.

—Pero, mi pequeña Irene... Ahora que la pobre Geneviève... Tú necesitas a una... —siguió diciendo mi padre, cada vez más confundido, cuando yo me dirigía ya a la puerta.

Abandoné el comedor antes de que pronunciara la palabra «madre» o de que yo pudiera oírla.

—Me temo que he comido demasiado. Me voy a dar un paseo —dije con una airada frialdad de la que me arrepentí poco después.

Recorrí el pasillo, cogí el abrigo azul de Geneviève (que ahora usaba yo) del perchero de la entrada, abrí la puerta con ambas manos y salí al rellano de la calle. Por

algún ingenuo motivo, esperaba que el aire frío borrara los pensamientos que me habían turbado.

Mientras la puerta se cerraba poco a poco, expulsando fuera el aire viciado de la casa, oí la voz de mi padre preguntando algo y la voz baja y cavernosa del señor Nelson, que le contestó:

—No se preocupe, señor.

No había por qué preocuparse, en efecto. Pese a que estuviera en Londres desde hacía ya un mes y aquella fuera la segunda vez que vivía en la ciudad, los lugares que frecuentaba podían contarse con los dedos de una mano y mis desplazamientos eran totalmente predecibles. El señor Nelson, de hecho, sabía casi con certeza absoluta que mi escapada de casa me llevaría derecha a la Shackleton Coffee House, el polvoriento local donde Sherlock, Lupin y yo habíamos establecido nuestro cuartel general. En la práctica, habíamos tomado posesión de un rincón del mismo, en el que habíamos colonizado un viejo sofá de piel, dos butacas desfondadas y la mesa de madera basta que había en medio, donde dejábamos las manchas circulares hechas por nuestras tazas.

El café se encontraba a mitad de camino entre mi casa



y la de Sherlock, y había sido precisamente mi introvertido amigo quien lo eligiera para nosotros. Le encantaba refugiarse allí para leer los periódicos, comentar las viñetas satíricas de Punch, resolver problemas de ajedrez y, sobre todo, hojear la «Agony Column» de *The Times* en busca de los anuncios más disparatados e increíbles.

Arsène, por su parte, vivía apenas a dos calles de distancia, él solo, en un apartamento alquilado en el primer piso de un edificio ruinoso en el que estaba registrado como Auguste Papon, de veinticuatro años. Él sí se había escapado de casa, si bien en su caso la palabra «casa» resultaba un tanto forzada, puesto que había pasado los últimos años siguiendo el circo itinerante de su padre.

En suma, fue precisamente en la Shackleton Coffee House donde me refugié y, para mi inmenso placer, tras atravesar de lado a lado la sala, cargada de un humo espeso, vi la nariz puntiaguda de Sherlock Holmes hundida en las páginas de *The Times*. Respiré hondo, inspirando con una sensación de felicidad absoluta el olor a barro, sudor y café malo de nuestro refugio, y ocupé mi butaca particular de un salto, colocando una pierna sobre el reposabrazos como haría cualquier mocosa.

Si lo que quería era impresionar a Sherlock, resultó

evidente que no lo había logrado. No hizo ni el más imperceptible movimiento en mi dirección. No me saludó. «Qué raro», pensé, fijándome en que no tenía la acostumbrada expresión torva que se le dibujaba en el rostro durante el período navideño.

—¿Has leído lo del director del British Museum? —me preguntó, como si yo llevara allí todo el tiempo.

—¡Hola, Irene, bienvenida! —solté yo, imitando su perfecto acento londinense—. Hola, Sherlock, ¡qué alegría verte! ¡Realmente no tengo ni idea de qué diablos hablas! —concluí en tono burlón.

—Deplorable —comentó mi amigo con voz sarcástica y riendo—. En nuestros días, una señorita siempre debería estar al corriente de los principales sucesos.

—¿Crees que podrías remediar mi imperdonable laguna? —le pregunté, siguiéndole el juego.

Sherlock me tiró el periódico con un gesto cómicamente teatrero. Me pareció un niño que quisiera enseñarme un regalo formidable que acababan de hacerle por Navidad. El titular principal, en primera plana, no dejaba lugar a dudas.

—¿Han asesinado al director del British Museum? —pregunté.



—La palabra «asesinado» implica una interpretación precipitada —puntualizó él—. Por el momento, lo único que se puede decir es que se trata de una muerte misteriosa.

—El profesor Gideon Hawthorne... encontrado asfixiado... —léí yo por encima, saltando entre líneas.

—¡Inexplicablemente, estaba tumbado dentro del célebre sarcófago de Horus! Algo propio de una novela de tintes siniestros, ¿no creéis? —añadió una tercera voz a mi espalda.

—¡Arsène! —exclamé yo, volviéndome de sopetón.

Lupin vestía un abrigo de actor y su habitual larguísima bufanda, y llevaba puesto de nuevo su querido bigote postizo. Aquél era el disfraz que lo transformaba en Auguste Papon, un imaginario caballero francés que, según su pasaporte (¡falso!), era viajante de comercio, pero quien en caso de necesidad podía convertirse en todo lo que se le ocurriera a Arsène. Por ejemplo, en aquella ocasión, mi amigo, mientras se inclinaba para darme un beso y se acomodaba luego en su butaca, dijo:

—Monsieur Papon escribiría un artículo memorable sobre un asunto así, ¿sabéis?

Fue un beso ligeramente más largo de lo preciso,

noté, en el que sus labios parecieron quedarse pegados a mi mejilla.

—¿Ah, sí? —dijo Sherlock divertido—. ¿Y qué escribiría ese gran hombre?

—Director de museo encontrado fiambre en sarcófago —respondió con prontitud Arsène, como si leyera el titular de un diario—. El subdirector comenta: «¡No me sorprende, era una auténtica momia!».

Sherlock dejó escapar algo intermedio entre un bufido y una carcajada, mientras que yo levanté los ojos al techo.

—¡Oh, y pensar que en mi sueño me salvaba alguien que hace estos chistes!

Aquellas palabras atrajeron hacia mí las miradas interrogativas de Sherlock y Arsène. Y yo me dispuse a explicárselas.